

SENTIDOS SIN SENTIDO

Tropezco con mi enemigo,
empiezo a ver su rostro.

Cierro los ojos
y no le siento,
estoy conmigo muy dentro.

Encuentro brechas ensangrentadas,
grietas olvidadas.

Toco mi s u a v e piel,
sano mi ser,
puedo con esto,
soy tacto de miel.

Sonidos contaminados,
caminos destruidos.

He aprendido a andar escuchándome hablar,
ahora oigo música,
canto
y a amar.

Deshago los nudos de mi garganta

ya no me atraganto.

Saboreo mi desnudo,
g u s t o s a dulzura
azucarando mi locura.

Olores perdidos...

El aroma de la naturaleza
y la preciosa azalea,
esencias del alma encontrados
enraizan tus dos pulmones.

De mono
a humano
d e s a r r o l l á n d o n o s,
creando más y más sentidos;
intuición es el sexto.
Arrollador el pensamiento
de que sean infinitos,
pero si no aprendemos
a utilizarlos
al final
se volveran sin sentido...

NOIZBAIT

Noizbait,
aldirietan bukatzen baduzu,
euri-zaparradaren azpian,
ez izan beldurrik.

Ez al da iluntasuna
barnetik argitzen gaituena?

Noizbait,
bakardadean bazaude,
farolak itzalita daudelarik,
ez izan beldurrik.

Ez al da iluntasuna
aldiriei zentzua ematen diena?

Noizbait,
iluntasunak estaltzen bazaitu,
zurea egin ezazu.

Orduan izango da,
ixiltasunaren oihua entzuteko momentua.
Eromena eta zuhurtasuna.
Iskanbila eta lasaitasuna.

Noizbait,
zure aldiriarri forma ematen badiozu,
esan ahalko duzu
zure barneko farolak argitzera iritsi direla.

Barne munduaren isla,
arimaren goibeltasuna.

ÉRASE UNA VEZ LO QUE NUNCA FUE

Por fin ha llegado el mejor momento del día, cuando las luces se apagan y, las voces, junto con sus palabras, se van sin hacer ruido. Primero cierro los ojos e imagino otra realidad y, luego, en medio de la oscuridad, a la vista de todos, logro que se vuelva real. Hasta puede que lo sea y que lo haya sido siempre. Y es que me gusta pensar que es el mundo real el que nunca ha estado ahí, y en su lugar, está el mío, cobrando vida. En la primera mitad del minuto, mis ojos cerrados aún siguen pintando estrellas, en ese cielo que cada noche sueño ver. Pero en la segunda mitad del minuto estas me recuerdan que hay luces -y sufrimientos- que hagan lo que hagan seguirán ahí incluso miles de sueños después.

Y no se si es una virtud o un defecto mamá, pero durante este viaje he aprendido a inventar cada noche un universo entero que sobrepase la frontera del sueño, porque solo en ese universo, soy capaz de dormirme.

En mi mundo verdadero, cuando llega la noche y duermo, imagino ese último momento de felicidad pura, que ahora, gracias al sueño, puedo sentir. Fue una mañana como otra cualquiera, cuando me despertó ese primer rayo de luz interrumpiendo ese sueño que más tarde olvidé. Me levanto de la cama y frente al espejo vuelvo a ser aquel chico sin miedos, uno chico que al vestirse no tiene cicatrices, ni apodos, ni cortes, solo piel. Piel que nunca se ha sentido humillada por ser de un color u otro. Piel en la que no me reconozco, pero el sueño lo hace posible.

Y así sigue el mejor momento del día, cuando duermo y ya no soy yo sino mi mente enloquecida la que me gobierna, la que me reconstruye para que el día, con su realidad, pueda volver a destruirme.

Ese segundo rayo de luz ilumina tu cara, mamá. Mientras me miras con esa mirada que solo yo entiendo, la que tu sabes que necesito.

Tienes ese don de predecir despedidas que susurran "creo en ti" y calman tormentas. Calmaste el huracán que llevaba toda una vida formándose, toda una vida esperando para destruir todo. Y es que desde que esa dichosa mariposa hizo batir sus alas -en la otra punta del mundo, en ese que llaman primero- todo se puso en movimiento y ahora solo esa mirada y esa sonrisa le calman, me calman.

Tenías ese don. Gracias al sueño, aún lo tienes.

Desde pequeño, siempre me he sentido como una estrella. Una estrella que formaba parte de nuestro pequeño sistema planetario, donde yo era el que iluminaba al resto de los planetas, con tan solo sonreír. Parte de la culpa es tuya mamá, siempre me dijiste que era tu Sol. Y te prometo que siempre fui feliz, aunque no tuviéramos nada, ni un satélite que los demás pudieran envidiar. Cuando no conoces nada más todo lo que tienes es como una pequeña maravilla dentro del caos que aparentemente te rodea. Pero día tras día, conforme mi estrella crecía, me iba dando cuenta de que ahí fuera había un universo entero al que se me había prohibido la entrada, solo por orbitar en un lugar sin satélites.

Y por eso decidí hacer este viaje, mamá, para alejarme de todo lo que me recordaba a ti y, así poder crear una galaxia nueva. Una galaxia, donde el recuerdo y el dolor no fueran más que polvo. Al marcharme, dejé todos esos sueños que una vez prometí no dejar dormir y, ahora, más muertos que dormidos me abren esas heridas que no paran de sangrar, esas mismas heridas que me hacen recordarte de la única manera en que no quiero hacerlo.

El único motivo para seguir, era que nada ni nadie me esperaba en Malí, en esa pequeña casa que fue nuestro hogar. Esas paredes que a pesar de todo, han respirado más alegría que

tristeza, más amor que guerra. Esa pequeña colina que aún bajando corriendo conoció más victorias que tropiezos, hasta que llegó aquella mañana en la que te perdí.

Crucé solo ese desierto al que tanto miedo y respeto tuve de pequeño para llegar aquí. Y para qué mentirte, muchas veces quise abandonar: explotar. Porque hay realidades que solo deberían existir en los cuentos. Un cuento lleno de mentiras que solo sirviera para aprender. Por eso cada vez que quería explotar recordaba que aunque hayas muerto mereces ser recordada por alguien, para que esas mariposas que no hacen más que batir sus alas en ese otro universo perfecto aprendan que todos los cuentos no tienen un final feliz.

Cada día costaba un poco más, el cansancio, el calor, las tormentas de arena, cada día menos agua, más hambre. Cada día contaba las horas que faltaban para que se hiciera de noche otra vez y me cobijara en el refugio de mis sueños. Envuelto en otro de mis sueños imposibles, oía tu voz nada más salir la primera estrella. Y así, volvía a ser el Sol al que haces cosquillas cuando está triste y bailas en su cama para que note tu presencia y te encuentre a su lado cada vez que quiera abrazarte.

Y llámame loco, mamá, pero en todos mis sueños me estás esperando en ese otro cielo al que voy, creando constelaciones con mis hermanos. Voy para allá, sabiendo que harán todo lo posible para que no sea feliz, para que no te vea. Y aunque todavía me quede muchos días en este desierto que una vez fue mi casa, brillaré todo lo que pueda, si hace falta hasta quemarme yo mismo. Porque lo que ellos no saben, es que después de romperse una supernova, después de que una estrella explote, la estrella vive más que nunca. Así que que hagan lo que tengan que hacer, que nadie va a negarme el derecho de tener una oportunidad de ser feliz otra vez.

También dudé y desconfíe de mi propia mentira. Empecé a pensar que nunca lo lograría, que todo este viaje no había servido para nada. No quería seguir luchando, simplemente por el hecho de que ya no tenía nada por lo que luchar. Había perdido a todos los planetas que me rodeaban y mi translación me había llevado al borde de un agujero negro sobre el que giraba, y sin quererlo, me robaba la poca luz que me quedaba. Deje de creer que en ese otro lugar conseguiría ser feliz y a cada paso que daba tu recuerdo se volvía más confuso. Y no sabía si todos los días que había pasado mirando al cielo en busca de tu mirada, había servido para algo. Todas esas noches, donde los sueños traen más lágrimas que esperanza. Lágrimas que se volvieron tormenta y ni el marinero más experto podría navegar entre tanto miedo.

Despierto, hay un recuerdo que por mucho que lo intente, no para de reproducirse en mi cabeza y es en el que te arrancaron de mis brazos, mamá. Tú estabas haciendo algo, no sé que, cuando la puerta de casa estalló y entraron tres hombres armados, gritando y destrozandolo todo. Corriste hacia mí y me dijiste que escapara. Pero las piernas me temblaban y si no podía tenerme en pie, mucho menos correr a ninguna parte. Uno de ellos te cogió del brazo, te lanzó al suelo y estirando del pelo, te sacó a rastras de la cocina. Te rasgaba la ropa mientras se te acercaba otro con las manos cubiertas de sangre. Desesperada y llorando, les pedías que pararan mientras empezaban a tocarte y a pegarte. Mis hermanos lloraban, yo no, porque ni siquiera podía. Estaba tan aturdido que sólo escuche el tercer disparo, cuando el grito de uno de mis hermanos apenas rompió el eco. Y no hay día que no me odie por salir corriendo. ¿Te obedecí o te abandone? No lo sé, solo me fui con la esperanza de escapar de eso que no quiero describir.

Y así, en escasos segundos, quedó en soledad un niño de 16 años huérfano y sin hermanos.

Un pequeño Sol pálido y frío, sin esperanzas, ni sueños. Solamente con odio.

En ese momento, no me sentí estrella, y mucho menos persona.

Al llegar a Nador no sabía donde ir, ni donde mirar. Nunca había visto tanta gente junta, todos cantaban, rezaban o iban de un lugar a otro con una prisa incomprensible. Estaba muy lejos de mi pequeña casa junto al Níger. Entre tanta soledad en multitud, voces, motores y empujones parecían sacados de uno de esos cuentos falsos. Decidí que todas aquellas caras no podían ser caras de verdad, sino personajes de una mala historia, farsantes que simulaban ser personas. Dios, cuánto odiaba vivir. Por ti, mamá, seguí viviendo.

Sé que el espacio es inmenso y que, por eso, es muy improbable cruzarse con algo. Pero a los tres días de llegar a Nador, como la mayoría de las cosas que pasan, sin buscarlo conocí a otra pequeña estrella como yo. Ahmed huía de su hogar igual que yo. Quién sabe qué le habría sucedido allí, pero ni él me lo contó, ni yo se lo pregunté, no fuera que tuviera yo que responder a la misma pregunta. Él luchaba por continuar peleando y ganar esa guerra que no tiene batalla que pueda ganarse. Ahmed siempre decía que las piezas del tablero estaban a punto de enroscarse para ambos y que juntos le haríamos jaque mate al huracán, porque está tan confiado que no espera encontrarnos en un sitio distinto, por lo que acabará golpeándole al vacío

Juntos salimos de Nador hacia la casilla del enroque. Y, de camino, Ahmed me enseñó a soñar.

Así fue que hice que mis noches fueran mis días, y que mis días fueran el intervalo irrelevante entre mis noches. Dejé de odiar, porque el mismo hecho de sentir algo carecía de sentido. Ahmed me contó que en un monte cerca de la frontera había personas que ayudaban a cumplir sueños. Y me prometió que iríamos juntos para escribir a la vez nuestros cuentos. Como él decía, uno no puede luchar solo, necesita a alguien que le recuerde cuál es la meta y qué puede ganar. Ahmed y yo éramos dos estrellas que orbitan alrededor de un centro de masa

común, el agujero negro, el odio. Y aunque seguramente no tendríamos nada en común, los dos juntos acabamos por formar nuestro pequeño sistema estelar binario.

El resto de estrellas que conocí en mi viaje, resultaron ser sólo fugaces, trozos informes de hielo que pasan mientras se derriten, estrellas que no son estrellas. O quizá fue sólo mi odio el que las quemaba, nunca lo sabré.

Durante el viaje hacía la montaña, sentía que cada vez te tenía más cerca y es que con cada paso que daba, creía escuchar tu voz. Y mientras perdía la mirada en todo lo desconocido soñaba con un mundo en el que ser de un lugar u otro no importara, donde un grito de ayuda no se perdiera a media voz, donde no hubiera estrella sin derecho a brillar, donde las esperanzas no se convirtieran en un eco de lo que una vez pudo ser. Un eco que en las noches estrelladas como hoy, son recuerdos de lo que nunca te podré decir.

Cuando llegamos al monte y pensaba que ya nada podría separarnos, los hombres de aquel lugar pedían más de lo que tuve en toda mi vida por su ayuda. En ese momento, lo único que surcaba mi mente, una y otra vez, era porque en este universo donde bastante sufrimos ya por “daños colaterales” que ocurren “sin querer” existe gente que hace todo lo posible por robarte luz, cuando todavía ni siquiera has empezado a brillar. Pero, con el tiempo, me he dado cuenta de que todos en este pequeño lugar intentamos sobrevivir como podemos, y es que cuando creces en un lugar donde la ausencia de satélites hace que el resto de galaxias piensen que todo lo que ocurre aquí es como una pequeña función sin importancia es la única salida que te queda para intentar ser feliz. Una función que sienten tan lejana, que toman como inexistente. Como si el dolor de los personajes fuera algo ficticio a lo que no vale la pena prestar atención y mucho menos ayuda.

Aprendí que a las personas nos une mucho más nuestra manera de sufrir que nuestra manera de amar. Sin Ahmed, todavía estaría en aquellas calles de Nador sin saber muy bien que hacer o perdido a escasos metros de la frontera intentando reunir todo el dinero que me faltaba. Porque sí mamá, él me regaló parte de su dinero y me ayudó a conseguir lo que me faltaba. No solo me enseñó a sufrir sin odio, sino también a soñar despierto y por eso aunque sea triste pienso que a las personas nos une mucho más nuestra manera de sufrir que nuestra manera de amar y es que nunca había sufrido tanto como para sentirme tan acompañado.

Ha acabado el mejor momento del día. Estoy subiendo.

En el monte, el tiempo decidió cambiar de los días a una nueva medida caprichosa, a veces a minutos y, otras, a semanas. Aunque deseaba que llegara esta noche, como en una fórmula que no entiendo, el miedo venía multiplicado por 100. Tengo miedo de no lograrlo y regresar a esa casa en medio del desierto y no poder sentirte cerca. Temo fracasar y volver a esa pequeña aldea donde ya no estás. Pero lo que me da más miedo es saltar y no encontrar ese cielo, con el que llevo soñando tanto tiempo. Que las estrellas sigan en el mismo lugar, creando las mismas constelaciones de las que intento huir. Quiero saltar y, al aterrizar, pisar un suelo donde todos estos recuerdos que por momentos se vuelven pesadilla no abran las heridas que intento tapar. Ya sea con metáforas absurdas que entre tantos pensamientos ilógicos son un pequeño respiro en la asfixia o con cielos imaginarios que crean sueños reales.

Aquí estoy yo, al borde del universo, mirando al vacío mientras, por miedo a no verte, mantengo la cabeza agachada. A pesar de toda la oscuridad que me rodea algo insiste en que levante la cabeza y que me enfrente a todo lo desconocido. Nunca me he sentido tan ansioso y vulnerable a la vez. Mis ganas de saltar se mezclan con mi miedo de caer y no es que se lleven mal pero digamos, que si fuera una guerra los dos permanecerían atrapados en trincheras

durante años. Dando tiros ciegos, que acaban en heridas abiertas y no hay lugar en este universo que los haga cicatrizar.

Y ya ha llegado el momento de cruzar esta frontera que divide dos mundos diferentes a pesar de que todos vivamos en la Tierra.

Imagino que, si consigo saltar, no me esperarán con un cartel de bienvenida. Sé que este es el principio de una nueva vida, o mejor dicho, de una nueva forma de vida. Porque yo siempre he estado vivo aunque a todas las mariposas hicieran todo lo posible porque no fuera así. Y llamadme exagerado si queréis pero, si esto no fuera así, ahora mismo no estaría saltando una valla llena de alambre que han colocado aquí las mariposas para que no consiga ser feliz.

Veo a Ahmed, a lo lejos, con el mismo desconcierto. Me engancha una pierna, pero tiro de ella más fuerte. Ahora es un brazo, qué más da, falta tan poco... Creo que me sangra el muslo. No pares. Duele, pero hace tanto que el dolor no cuenta... Lanzan agua a presión, casi lo agradezco. No, no es agua, porque algo quema mi garganta. Sigo adelante. La sangre del muslo gotea seis metros abajo.

Estoy bajando los primeros metros de la última valla, aún puedo aguantar. Qué cerca te siento ahora, mamá.

Y así, las barreras que colocaron las mariposas que nunca han tenido que ver a toda su familia morir por motivos políticos y económicos y que nunca han tenido que cruzar un desierto solamente mirando a las estrellas, se acaban rindiendo.

Mamá, no sé si te veré en este nuevo cielo. Si no es así, sólo quería decirte que, aunque nunca tuvimos nada, tú siempre me enseñaste a preferir las personas sobre las cosas, y que las

guerras y las leyes de los poderosos sólo persiguen amasar satélites sin atender su propio mundo. Batiendo sus alas, en un aire que, al fin y al cabo, desprecian.

Me esperan las mariposas. Yo sólo te espero a ti. Este es nuestro cuento.

Y así, sin más, levanto la cabeza y...

...S

A

L

T

O.

BIZIPENAK

Gaueko 4etan izerditan esnatu nintzen tiro batzuen ondorioz eta laster Katalina nire besoen artean hartu egin nuen. Banekien zer gertatu egin zen, eta banekien zer egin behar nuen, hala ere, neure burua salatu egin nuen nire logelako leiho zikinetik begiratzan nuelarik. Bat-bateko isiltasuna, eta gero oihuak "harrapatuko zaitugu, zin egiten dizut!". Hortik alde egin behar nuen, baina, non utzi Katalina? Norekin utzi? Izerdi tantak nire kopetaren hasieratik irristatzen nabaritzen nituen. Tanta ñimiño horiek poliki-poliki lokia zeharkatu zuten eta dagoeneko dena pentsatuta nuen.

(...)Egongelaren leihoan nengoen, zutik, prest. Ez ninduten ikusten, leihoa eraikinaren beste aldera ematen baitzuen. Hala eta guztiz ere nik ikusten nituen, bere ahots marmartiak entzutean, nire etxeko eskailerak igotzen ikusten nituen. Ni prest nengoen: ezkerreko besoa, Katalina nuen; nire bizkar txiki baina indartsuan, frankotiratzailea; eskuineko sorbaldan, fusila; eta azkenik eskuineko eskuan, detonagailua. Begiak itxi nituen kopetako izerdi tantak baztertzen nituen heinean, eta arnasa sakon-sakon hartzen saiatu egin nintzen. Iluntasunean, eskaileren karraskak zenbatzen hasi nintzen... 1,2,3,4,5,6,7,8. Zortzigarren eskailerako karraskadak entzun bezain laster, egongelako atea irekitzear egongo zen, beraz, begiak ireki nituen hartutako arnasa kanporatuz eta detonagailua piztu egin nuen. Aldi berean, eskuineko eskuarekin leiho ondoan zegoen tutueria herdoildutik nire gorputza irrist zezan utzi nuen.

(...)Eztanda entzutean, jada nire posizioan nengoen. Nire begi-bistatik 100 metrotara Katalina frankotiratzailearekin behatzen nuen. Kale nagusia bere bizkarraren atzean utziz, basati haietako bat Katalinarengana abiatzen zen, eta bere paretik beste bat zetorren. "Nora zoazte?" esaten nion neure buruari, irri etsi bat nire aurpegiaren nabarmenena bihurtzen zen bitartean. Dar-darrek nire gorputza indarrez hartu zuten, hala eta guztiz ere, 2 tiro baino gehiago ematea ez zitzaizkidan falta izan faxista horiek hiltzeko. Korrika eta presaka, beraien atzetik beste 3 etortzen ziren. 15 segundo geroago, ez zeuden kaleak zikintzen zituzten faxistarik. Frankotiratzailea gordetzen nuen bitartean, Katalinarengana hurbiltzen nintzen nire pausoak gero eta gehiago azkartuz. Katalina berriz ere nire besoetan

hartu nuen eta hasperen artean, nire herri maitea atzean utzi nuen, oihuak nire tinpanoetaraino heltzen zitzaizkidan momentu berean.

(...)Beldur nintzen, oso, baina Katalina salbu utzi behar nuen, faxista horien hitzak benetako ekintzak bihurtu baino lehen.

(...)Nire herri ondoan dagoen basoa zeharkatzen nihoan bitartean, Katalina norekin utzi eztabaidatzen nuen neure buruarekin. Orduan, Kepa burura etorri zitzaidan, eta bere herrirantz abiatu nintzen. Ilargiak eta izarrek gaua argitzen zuten, eta hauen itzaletan nahiz hontzen uluen artean, abesten hasi nintzen :

Eusko gudariak gara

Irrintzi bat

entzunda

Euskadi askatzeko

Mendi

tontorrean

Gerturik daukagu odola

Goazen

gudari danok

Bere aldez emateko(x2)

Ikurriñan atzean...

(...)Eta bat-batean nire doinuen artean, entzun nituen: "Bila ezazue putakume hori!". Nire begiak itsu zeuden, ez zuten inor ikusten eta badaezpada ere, zuhaixka batzuetan ezkutatu ginen Katalina eta biok, haien ahots eta oihu desatseginak desagerrarazi arte. "Zer egingo naute aurkituz gero?" galdetzen nuen, nahiz eta ez erantzun, ez bainuen nahi pentsamendu horietan murgildu. Loak ez ninduen hartzen. Egurrezko lauburuaren lepokoa mantso kendu nuen eta indarrez nire esku hezeetan gorde nuen. Azkenean, ez dakit nola, amets liluragarrietan neure burua murgiltzea lortu egin nuen.

(...)Egunsentiak eta harekin batera txorien kantek esnatu ninduten. Erreka txiki baten ertzera edatera eta Katalina garbitzera hurbildu nintzen. Nire aurpegia nekaturik ikusten nuen uraren erreflexuan edaten nuen bitartean. Hasperen egin eta hortik alde egitea erabaki nuen, Keparen herrirantz zuzenduz. Urrutian, Keparen herria desberdintzen nuen, eta gerturatzen nihoan bitartean, nire armak prestatzen nituen. Pixkanaka-pixkanaka nire

kamaradaren etxera hurbiltzen nintzen, belarriak tente izanik eta begiak hontzak baino irekiagoak izanda. Ez zen eulirik entzuten eta nire bihotza azkartzen zihoan. Guztizko isiltasuna nabarmentzen zen herriaren kale eta zirrikituetan. "Eta tranpa bat balitz?" etortzen zitzaidan burura...

(...)Keparen atzeko atearen aurrean nengoen, eta betiko moduan, atea jo nuen, soinu berezi bat sortuz. "TOK TOK PUM, PUM TOK TOK". Deus ez. Berriz jo nuen. "TOK TOK PUM, PUM TOK TOK". Deus ez. "Kaka zaharra!" errepikatzen hasi nintzen. Bi aldiz pentsatu gabe, etxe barrenera sartzeko asmoz bere lorategitik harri potolo bat hartu nuen eta ate ondoko kristalezko leihoa apurtu nuen. Kristal zatiekin kontu handia izanda leiho apurtua igaro nuen. Sartu bezain laster ikusi nuen, hor zegoen, guztiz biluzik lurrean botata, odola gorputz osoa inguratzen zuelarik. Pauso txikien bidez hurbiltzen nintzaion bere gorputz biluztua goitik behera behatuz. Oraingo honetan, izerdia ez zen nire aurpegia zeharkatzen zuenak, malko gaziek nire masailak bustitzen zituenak baitziren. Nire leial kamaradarengana gerturatu nintzenean, nire muxu epeletako bat kopetan eman nion. Eguzkiko lehen izpiek Keparen gorputz bizigabea argiztatzeko zuten eta oheko maindirea hartuz, estali egin nuen.

(...)Berriz ere basoan geunden, nora ezean galduta. Laster ala beranduago, aurkituko ninduten, eta horrexegatik Katalina norbaitekin utzi behar nuen, jada norekin utzi ez zuen axola. Aurrera egin beharrean atzera egin nuen, nire itxaropenak baldintza berdinetan aurkitzen nituen. Nire begiak lokatzazko bidean zuzenduta zeuden, eta hauek altxatzean, baserri kuttun bat aurkitu nuen. Ia-ia pentsatu gabe baserriaren atarirantz hurbildu nintzen. Katalina, ohar txiki batekin batera, egurrezko atari txiki horretan utzi nuen, eta segituan atea jo nuen. Aurrean zeuden pagondo batzuetara urrunduta nintzen, hauetan frankotiratzailearekin gertakariak ikusteko. Norbaiten zain nengoen, baina noren zain...? Ez nekien. Ustekabean, atso atsegin batek zurezko atea ireki zuen. Katalina ikustean harridurazko aurpegia nabari egin zitzaidan eta eskuetan oharra zuelarik, aldeetara begiratu ondoren, barrenera sartu zuen. "Barka nazazu umetxo maitea", xuxurlatzen nuen frankotiratzailearen behatxuloa malkoz bustitzen nuen heinean.

(...)Zentzurik gabe pagondoen azpitik ibiltzen nintzen. Natura mirestea erabaki nuen, denbora azkarrago pasa zedin. Nire belaunetara iristen ziren zuhaixka berdeen hostoak usaintzen nituen, eta hauen ondoan zeuden pagondoen likenak laztantzen nituen, haien ehundura desberdinak nabaritzen. Natura. Nire gauzarik gustukoena zen, Katalina ondoren, noski. Aurrera jarraitzen nuen txorien doinu berezietz gozatzen. Momentu batez, dena ahaztea lortu izan nuen, naturarekin bat izatea lortu nuen.

(...)“PUM!” baso osoan zehar entzun zen. “Tiroak, oso hurbil gainera” pentsatu nuen. Ohartu nintzenerako, faxistaz inguratuta nengoen. Pagondoan ondotik atera ziren eta deus ez esan gabe nigana zuzendu ziren. Aurrean 2, atzean 2 eta bana aldeetara. Geldi-geldirik geratu nintzen eta armak ez erabiltzea erabaki nuen, alferrik izango baitzen. Batek atzetikan hartu ninduen eta garrasika hasi nintzen “utz nazazue bakean!!!”. Orduan, basati horietako batek bere gerrikoa kendu zuen eta nire lepo inguruan jarri zuen, isilarazteko asmoz. Ezin nintzen mugitu, haien menpe nengoen. Nire armak kendu zizkidaten eta horiekin batera, arropa. Ostikoak ematea saiatzen nintzen, baina gerrikoak lepoa asko estutzen zidan eta geldi geratu behar nintzen arnasa hartzeko. Begiak ixtea erabaki nuen. Iluntasunean, esku desberdinen ukipenak gorputz osotik nabaritzen nituen. Malkoek berriz ere nire masailen beheara erortzen ziren. Lurrera bota ninduten eta hor denetarik pairatu izan nuen. Kolpaketak, bortxaketak, umiliazioak.... Eta momentu batean, ez nuen ezer nabaritzen, ez nuen ezer ikusten ezta entzuten. “Hilik egongo ote naiz?”. Ez. Gauean esnatu nintzen, baso erdian botata. Mina ikaragarria sentitzen nuen gorputz guztitik. Hezur apurtuak, beheko parteak odolez beteta, ilea moztuta... Minaren eraginez inkontziente geratu nintzen eta basati horiek hilda nengoela pentsatu zuten, hemen botata utziz. Esfortzu handia eginez, nire arropa eta armetaraino gerturatu nintzen. Nire prakako ezkerreko poltsikotik hainbat orri eta arkatz punta gabe bat atera nituen. Hortzekin arkatzari punta atera nion eta garrasi eta malkoen artean idazten hasi nintzen.

(...)Eta hemen naukazu, oraina idazten, nire azkeneko hitzak idazten. Zuri eskaintzen dizkizut, Katalina. Egunen batean eskutitz hau irakurriz gero, asko maite zaitudala ohartarazten dizut, halaber, gaua argitzen nauen ilargi distiratsua zarela. Nire izena inoiz ez ahaztea eskatzen dizut, gertatutakoa kontatu iezaiozu mundu osoari, ahaztua gera ez dadin. Era berean, ez ahaztu inoiz, umetxo, zure ama ohore eta ausardiarekin hil egin dutela, nire azkeneko ekintza eskuineko besoa goratzea izango baita hil aurretik.

Zure ama, ilargiraino maite zaituena. Mara Goikoetxea, 23 urte.

Etxarri-Aranatz, 1938ko abuztuaren 21a.

ENTRE DOS AGUAS

Cascabel, 18 años

Me ha dicho mi nieta mayor que me parezco mucho a mi nieto en la foto que tenemos en blanco y negro encima de la mesa del salón. Llevo unos pantalones cortos, planchados con la raya en medio como se llevaba en Francia, los cuellos de la camisa por fuera del jersey; es la ropa de domingo. Y a pesar de la vestimenta mis rodillas están llenas de costras y los zapatos rotos; después del accidente de nuestro padre no hubo dinero para más. Yo sólo había visto a mis abuelos una vez, imposible saber si me parecía a ellos, pero eso es otro tema, supongo. Miro a mi nieto jugando a las cartas en el comedor. No, no me parezco a él, yo no tenía los ojos así de dormidos y mucho menos cuando me hicieron esa foto.

Mi madre nos había vestido a todos así un día entre semana, sólo para la foto. Yo odiaba cómo me quedaba todo aquello. Ya a esa edad era consciente de que no me pertenecía, no nos correspondía a nosotros llevar esa ropa. Ella nos hacía retratos que no tenían contexto, ni fondo; en los retratos no se podía adivinar sus lágrimas nocturnas ni la pared agrietada del salón.

Vinieron a por mí un domingo, pero ese día no llevaba los pantalones planchados con el pliegue al estilo francés ni tampoco los cuellos por fuera del jersey; iba en pijama y era tarde. Inmediatamente asumí que nuestra madre volvía a estar demasiado débil para levantarse de la cama aunque más tarde los ruidos de la cocina me revelarían que estaba despierta. Enseguida me alcanzó el olor a café también, estaba de buen humor, sólo hacía café cuando lo estaba. La recordaré así, como una mujer hermosa y sonriente, la recordaré con olor a café de domingo. La recordaré así para no hacerme daño, sólo por eso.

Pienso mucho en ese momento de mi vida. No hubo misa aquel domingo, tampoco comimos conejo. Ese día estuvieron ellos y la radio encendida de fondo. No llovía, pero llevaba días haciéndolo y el suelo todavía no se había despegado del olor a humedad. Yo en mi recuerdo pintaré lluvia y diré que no hubo lágrimas. Ni lágrimas, ni despedidas, ni respuestas. Estuvo el tren, y el muchacho del tren; el que os habla hoy es ese muchacho, la historia la cuenta él, no yo, él tiene la memoria joven todavía. Habla él porque me gusta esa imagen, me gustó en ese momento de mi vida; pequeño, diminuto, reventado de miedo y de hambre. Sin duda es como mejor me recuerdo, a pesar de que mi madre no sacó un retrato de falso domingo de ese instante.

Hay otra foto cerca del retrato que mi nieta mira, es una foto de grupo, nadie le ha prestado atención pero yo llevo un rato observándola; somos todos los niños del Colegio San Patricio, con nuestros uniformes empolvados y embarrados, de pie en fila, con nuestras medias sonrisas, la mayoría faltos de dientes de leche. Repaso fila por fila a cada uno de los presentes en la foto, consigo recordar muy pocos nombres. No tuve relación de

amistad con ninguno de ellos, no verdadera por lo menos. Ninguno de ellos preguntó por mí cuando me llevaron, ninguno hizo ningún comentario, simplemente un día dejé de aparecer. Eran relaciones infantiles, la soledad no se nos curaba estando juntos, pero se nos olvidaba. Nadie decía palabra, pero todos entendíamos.

No lloré aquella mañana, no sé si fue por el miedo que me paralizó y que me paralizaría los siguientes quince años o fue el frío el que tuvo la culpa, nunca me gustó que se me congelaran las lágrimas. No fui el centro de atención en aquel vagón, la guerra había llenado de ojeras a todos los adultos, los había llenado de angustia, de insultos y de odio. Papá volvió lleno de angustia de los montes también, la guerra se lo devolvió a mi madre ebrio de ron y sin pistas de lo que su amor había sido. La guerra le devolvió a un hombre que ella no había visto marchar.

Me recogieron en la estación, dos mujeres, a las cuales no se les veían los tobillos, tampoco se les veía el pelo, durante años tampoco fui capaz de distinguir sus rostros. No dijeron palabra y me agarraron muy fuerte de las manos. Recuerdo el camino hacia el orfanato más de lo que recordaré mi estancia en él. Pasamos por lo que más tarde identificaría como el otro lado del Río Arga. En algún momento durante mi camino debimos de cruzarlo y la calle Mayor se mostró delante nuestra, larga y oscura. El hambre ya se había comido lo poco que quedaba de mí. La monja más alta abrió por primera vez la boca para protestar sobre lo mucho que arrastraba los pies al andar y lo lento que nos estaba haciendo ir aquello. En un futuro protestarían mucho más sobre mis actitudes, pero lo harían en otro tono. Supongo que fueron las ventajas del dinero que empezó a mandar mi hermana días más tarde, de procedencia desconocida. Siempre con una carta en la que especificaba que yo me quedara una peseta del botín y que lo que restaba era para la Providencia.

Esa peseta la ahorra, hasta que mi cajón se atascó de monedas. Empecé a esconderlas por todas partes, las dejaba debajo de mi cojín del asiento del comedor, las metí entre el canapé y el colchón hasta que empezó a resultar incómodo descansar allí, todo mi alrededor se llenó de monedas de una peseta. Cuando ya fueron demasiadas me las empecé a meter en los bolsillos de los pantalones. Cuando caminaba y se me caían sonaban como campanillas, así iba dejando rastros de monedas. Los niños empezaron a llamarme cascabel y todos me miraban al pasar. Esos meses fui un musical, hasta que un día mi hermana dejó de mandar el dinero. Ese sería el último contacto que tendría con ella.

En las camas del orfanato el silencio me despertó noche sí y noche también. A veces me despertaba sonámbulo y gritaba sentado al borde de la cama. Este comportamiento a menudo me tenía castigado durante días. Según me habían contado mis compañeros cuando chillaba decía el nombre de una mujer, pero nunca conseguían recordar su nombre. No sería hasta años más tarde, una mañana de reencuentro fortuito con mis compañeros de castigos, cuando uno de éstos me revelaría el nombre de la mujer que chillaba desesperadamente de niño.

Milagros, chillaba Milagros. Después de recordar esto él no volvería a recordar nada más y yo tampoco volvería a verle.

Mi padre trabajaba en una empresa, pero él no era empresario, para nada. Trabajó haciendo tornillos, pero eso fue después de la guerra, claro. Crecí creyendo que no tenía padre, que no existía. Tampoco que había muerto, o que nos había abandonado, simplemente ignoré esa figura, hasta que un día mi madre nos plantó en el salón de casa después de habernos bañado y vestido con la ropa de domingo, todos en fila, a mis hermanas y a mí. Se sentó y terminó las últimas puntadas del bordado que estaba haciendo para el pequeño ajuar de nuestra hermana la mayor, que pronto la edad y la época roja se la llevaría lejos de casa. Entonces nos explicó que la guerra había acabado, que nuestro padre bajaba de las montañas tras haber estado escondido años. Pregunté si se quedaría a vivir con nosotros. Mi madre suspiró y respondió que por supuesto que sí, y que a partir de ahora lo llamaríamos papá.

Nunca había sentido tanto frío como en aquel tren, el pensamiento me inundó la mente y no pude pensar en otra cosa. Me iba consumiendo, primero intenté calentarme pero luego me dí cuenta; no se puede combatir frío con más frío. Una punzada. Dos punzadas. Tres punzadas. Cada vez que el frío me daba un pinchazo lo contaba, hacía palitos mentales, hasta que llegue a la cifra cien, nunca había pasado aquella cifra, así que durante el resto del viaje hice formas abstractas con el frío. Hasta que todo empezó a dolerme demasiado, y no fui capaz de llevar a cabo la cuenta. Empezó a dolerme más que el llanto de mi madre, mucho más que las bofetadas de papá.

Había un armario en el comedor de la Providencia donde se guardaban los regalos que las familias mandaban a sus hijos. Yo nunca tuve nada con mi nombre en aquel armario. Cuando el insomnio me podía en los pabellones encamados recurría a ese armario. Desenvolvía, sacaba, mordía, rompía. No tenía motivos para hacerlo, y eso me parecía lo mejor. Tras eso nunca tenía problemas para conciliar el sueño. Lo dejaba todo allí, esparcido por el suelo, provocando a la mañana siguiente el enfado de las monjas y el malestar de los niños. Yo miraba impasible esta reacción, no tenía motivos para arrepentirme, tampoco los tenía para disimular, no había sido yo, me sentía libre de culpa.

Una de aquellas noches de nerviosismo mi cuerpo nocturno se levantó para bajar al comedor, pero un ruido dejó mi objetivo principal en segundo plano. Miré durante más tiempo del que me gustaría. Eran dos de ellas, a ambas se les veían los tobillos. Y a pesar de que creía que había dolor en el acto, luego entendí que había falta completa de éste, el goce de la acción era inmediato. Continué observando desde el marco de la puerta hasta que sus ojos se expandieron por toda la cara y me miraron sin moverse. Ahogaron un grito distinto a los anteriores. No hice esfuerzo por entender. Esa noche me dormí inquieto, tenía miedo de que me descubrieran como el acechador del armario nocturno.

Papá estuvo días en la cama, tiempo que se convirtió en semanas. Tenía la tarea de quedarme con él todas las tardes desde que mamá partía al pueblo más cercano hasta que se ponía el sol. Me miraba fijamente durante horas, sin hacerlo realmente. Si se dormía despertaba entre sudores y en ninguno de los casos decía palabra. Hasta que aquella tarde me senté en la silla que estaba cerca de la cama, pero esta vez la cama estaba vacía. Cuando se puso el sol y tras haber subido con dificultad las escaleras, él llegó a la habitación. Acercó mucho su cara a la mía, sentí como me subía la bilis por la garganta mientras me expulsaba con agresividad de la silla en la que llevaba sentado toda la tarde, esperándolo.

Pasé esa noche metido debajo de mi cama, escuchando los gritos de mi madre, los golpes secos y los gemidos de mi padre. Los escuché, llorando toda la noche. No me di cuenta de mis lágrimas hasta que toqué mi camiseta empapada y empecé a sentir la baldosa mojada en mis pies. Las noches de gritos y golpes se repetían cada vez que mi padre llegaba tras ponerse el sol. Años más tarde supe que no era él el que actuaba, era el ron, el mismo ron que lo mataría tiempo después.

No volví a acercarme al aparador del comedor de la Providencia. Como recompensa, una de las mujeres sin rostro empezó a darme premios que no me merecía. Empecé a ser el monaguillo de las misas más importantes, me dejaban salir a mandar las cartas e incluso había días en los que llegué a repetir plato en el comedor. Ella empezó a ducharme separado de los demás de los niños. Me repetía muchas veces que era para ayudarme a hacerlo, ella quería asegurarse de que yo estaba muy limpio. Me dejaba desnudo en el cuarto de libros, me observaba durante largos minutos, hasta que muchas veces se acercaba a mi y me tocaba, yo la miraba en silencio, escuchando su respiración agitada. Un día me daría cuenta que la respiración agitada era mía y no la suya. Un día me daría cuenta de todo lo que en aquel cuarto de libros sucedió fue un gran pecado.

Las lecciones que no queríamos entender nos las explicó la guerra, a la fuerza. Una mañana desperté con gritos de piedad y de terror. Una mañana me desperté con sangre en la mesa del comedor. Ellos debieron de pensar que no estaba en la casa, o así les hizo creer mi madre por lo menos; que estaban solos, que no había niños en la casa, *sólo mi marido y yo*. Aquella mañana los hombres sin rostro me atraparon bajando por las escaleras y me hicieron presenciar cómo le cortaban la mano a mi padre. *Así aprenderás, agarra a la mujer todo lo fuerte que puedas, que no aparte la vista, sienta al niño en la silla y que mire también*. Yo no diría palabra mientras lo hacían, ni tampoco volvería a abrir la boca en lo quedaba de navidades.

Los días festivos las mujeres sin rostro empezaron a despertarme más pronto de lo habitual, me llevaban a pueblos, a iglesias que no eran la nuestra. No solía querer ir y me revolvía como el niño mimado que no era. Luego cantábamos, en el coro me colocaban en medio y sonaba cuando los demás no lo hacían. Fue uno de esos festivos cuando la lluvia me debió de contagiar alguna enfermedad. Después de ese día me pasé mucho

tiempo en la cama, tanto que perdí la cuenta de los días. *Ya no volverá, ya no va a volver*, repetían ellas al borde de mi cama mientras me cambiaban el paño mojado de la frente, *ya no volverá tu voz angelical*.

Me despertaba entre sudores, y aunque sentía que tenía los ojos abiertos muchas veces me creía ciego, nunca llegué a saber si la fiebre me impedía ver o era la oscuridad a la que nunca me acostumbraba. A veces me levantaba, buscando un metal, agua o cualquier objeto frío que me aliviara. Pero lo peor sucedió aquella noche de calor, de mucho calor navideño. Y entonces lo ví, era enorme, grande, rojo, hacía que se me cerraran los ojos y que me ardiera el cerebro. Era malo, era peor que malo. Empecé a ahogarme, me ahogaba porque hasta que no lo matara se me iba a atragantar en la garganta. Todo me daba vueltas y mi mesilla de noche era enorme. Encima de ella estaba él, me sacaba la lengua y se alejaba y se acercaba a mi cuerpo en llamas mientras se reía. Me tapé los oídos, y le grité, quería que se callara, que dejara de reírse de mí, pero no lo hacía. Sentí cómo las lágrimas caían ardiendo por mis mejillas, no lo soportaba.

Quería pedir ayuda. Pero no había nadie, no eran ellas las que estaban allí, eran otras más pequeñas. Eran tan pequeñas que se metían por la boca y salían por todos mis poros. Salían una por una, luego se aburrieron de esperar y empezaron a rebosar en grupo. Me quemaban, me ardían la piel. Resonaban por todo mi cuerpo y me dolía cada vez más. Tenían que salvarme de él. Las mujeres sin rostro tenían que salvarme, tenían que salvarnos a los dos. Y venía, y ella gritaba, y cada vez era más grande y estaba más rojo. Estaba terriblemente asustado. Me temblaban los dedos de los pies y no sentía la cara. Si quería gritar, no podía. Nunca podía. Aquella noche la fiebre me hizo delirar, me dejó soñando con mi padre dándonos una paliza a mi madre y a mí, sólo que aquello no fue una alucinación.

Después de la fiebre que me contagió la lluvia no volví a cantar en iglesias que no eran las nuestras pero sí que ayudé en alguna misa por menos de una peseta. Tú cantabas allí, llevabas una coleta de caballo alta, no hablabas tanto como las demás, no paseabas por la Plaza del Castillo buscando a alguien que no conocías, tú no. Allí, en aquel domingo de misa, me caí encima tuya y me miraste, tú me dijiste que lo hacías por primera vez pero yo ya te conocía, ya te había visto antes. Me dijiste tu nombre pero yo ya sabía cómo te llamabas. Te conocía sin hacerlo, sabía quién eras sin saberlo. Eras tú, eras la chica de mis pesadillas. Eras mi única y mejor pesadilla, Milagros, Milagros, eras tú. Llegaste en el mejor momento y te quedaste. No nos salvamos queriendo, fue sin querer, lo prometo. Tal vez te preguntes por qué ya me habías marcado la piel mucho antes de conocerte, quizás te preguntes por qué lo hiciste para toda la vida aquel día, y hoy sé que nunca te lo voy a poder explicar.

Antes de que me llevaran a Pamplona él nos abandonó, lo hizo entre lluvia, lo hizo entre tormenta. Ya estábamos avisados, todos sabíamos que se iba a ir. Muchos días antes papá entró con los ojos inyectados en rojo y con las consecuencias del accidente que le robaría la vida. El metal se abalanzó desde arriba y no fue

capaz de pararlo. El ron les calló la boca a los gritos de sus compañeros, el ron le cerró los ojos y no vio venir el brillo del metal. El ron tampoco le dejó ver a la muerte llevándose, sin sorpresas ni trampas. Él nos rogó que no le permitiéramos ver cómo la muerte lo robaba de nuestro lado, no quería estar presente cuando llegara para hacerlo. Y así, por complacerlo por una última vez, mi madre lo mató con lo único que lo había mantenido vivo, lo mató con su único vicio. Murió ebrio de ron y sin decir palabra, tal y como había vivido.

Terminaste convenciéndome de cosas que no creía y que dije que nunca iba a creer. Me lo revolucionaste todo sin saberlo. Porque nunca lo supiste, no te lo dije. Como tantas otras cosas. Y esta noche de navidad, rodeado de todo lo que hemos construido te miro en la primera foto que nos sacaron delante de aquella iglesia por pura casualidad y me arrepiento de todo. De cómo nunca te dije te quiero, de cómo nunca te conté nada sobre la gente que se marchó de mi vida sin contármelo ni explicármelo. Y ahora miro cómo te has ido sin contármelo y mucho menos explicármelo. Tampoco podría entenderlo, pero quiero que hoy sepas, aunque sé que es tarde, que todo lo que no te dije, lo hice. Me salvaste veinte años tarde, pero cincuenta y cuatro, pronto.

ARRIESGAR

A veces
nos perdemos
sin darnos cuenta

A veces
solo jugamos
a ver quién nos encuentra

A veces
tan solo somos niños
tan solo somos almas
sin un destino escrito

Creciendo con el "puedo"
viviendo del miedo
persiguiendo aquello que nos deja ciegos
ardiendo en nuestro fuego

BAKARRA

SEI (A)

Gaur, seigarren urteurrena da. Ez dut egun hau batere maite. Ez zait atsegina egiten. Beti bezala, loreak eraman dizkiogu. Eskutan eman nahiko nizkioke. Beti bezain hotza izan da laukizuzen itxurako harri horren aurreko aldean bi ezkerre zuri uztea. Inoiz entzun dudan izenik politena dago bertan zizelkatuta.

Aurrenekoa izan ezik, beste bost aldietan bezain zaila egin zait egoera. Lehenengo hura, aldiz, ezin hobe gogoratzen dut. Jendez inguraturik geunden, guztion negar hotsak aitaren ahots moztuari gailentzen zitzaizkiolarik. Izozkailutik atera berri duzun izotz horrek igortzen duen hotzaren pareko sentsazioa. Hoztasuna. Neguko gau hotzenean kalera oinutsik irtetea erabaki izan banu bezala. Eskua luzatuz, hatzekin Ipar Poloa uki nezakeen. Hotza eta babes eza. Jaio berri den katu batek adina babes gutxi.

Denboraren poderioz gertuko norbaiten heriotzak sor dezakeen barne mina apal daitekeela dirudi. Denbora bihotz erdi hautsi edo guztiz zatitu bat josteko beharrezkoa den hariaren modukoa da, eta norberaren saiakerak, orratzak. Horrela ekiten diogu faltan botatzeak eragiten digun mina labaintzeari, falta sentitzea zeinen polita den balioetsi beharrean. Horregatik erabilgarriak gerta lekizkidakeen orratzak atera ezin diren leku batean gorde nituen. Gertakizunen eta egunerokotasunean bizitako gertapenak nire bihotza jostiaz arduratuko zirela erabaki nuen. Bitartean, falta sentitze horrek eragindako barne mina mirestuz egin diot aurre, falta sentitzea bortizki maitatzea baita. Maitasun nahian eskuak goraka dituen haur txikitxo baten moduko egoeran aurkitzen da bihotza edozein motako falta sentitzen dugunean.

Aldiz, nire barne minak hotza izaten jarraitzen du. Neguan itsasora oinutsik sartzeko ohitura hartu izanaren moduko hotza.

Menderaezin eta zoritxarrez, aldaezina den barne hotza.

HIRU (B)

Gaur, hirugarren urteurrena da. Gogoan dut mitxoletak eskuetan jarri zizkidatenean gertuko egoera baten parte nintzela senti nezan. Sinesgaitza suertatu zitzaidan egoera.

Jendez gainezka omen zegoen ingurua, entzuten nuen ahots kopuruarengatik diot, ez baitakit zenbat pertsona zegoen bertan.

Mitxoleta sorta eskuetatik kendu ostean, lurrean jarri zituztela esanez egin zidan lehengusuak belarrian hasperen. Harri zizelkatu baten aurrean jartzen zirela esan zidan geroago.

Zizelkatutako izen horren itxura ikustea gustatuko litzaidake. Hainbestetan entzundako izen hori nola idatz zitekeen ikustea, ezin baitut ahotsa ez den beste inondik jaso.

Dena burura datorkidanean, bere izenaren itxura hartzen duen irudia omen duen xaflatxo baten gainetik pasatzen dut hatza. Puntu txiki ugari zuhurra den burdinezko erliebe bat osatzen dute, izena osatzen duten hizkiak ordezkatu nahian egin zidatena. Nire logelako atean dut jarria.

HUTSIK (A)

Nire ahotik atera diren azken hitzak egun horretan bertan izan ziren. Berarengandik jaso nuen hizkuntzarekiko maitasuna. Hitz egiten baino, hitzak maitatzen irakatsi zidan. Esaldiei edertasuna aurkitzen eta hitz bakoitzak eragin ditzakeen sentipenen berri eman zidan. Hitz bakoitza osatzen duten hizkien forma maitatzen.

Soinuen maitale bihurtu ninduen. Hizkiek sorrarazten dizkiguten soinuen maitale, bereziki. Hitz bakoitzak barruan daraman informazio guztiaz jabetzen lagundu ninduen. Esan nahi nuena esan nezan, beharrezkoa nuen hitz egokia hautatzeko baliabideak irakatsi zizkidan. Esaldien edertasuna ikusten, entzuten eta ahoskatzen. Azkenean, berak bezain polit hitz egitera bultzatu ninduen. Horregatik izan ziren egun hartakoak nire azken hitzak.

Horregatik gelditu nintzen hutsik.

BETERIK (B)

Batzuetan, gehienetan esatea bortitzegia baitirudit, amorruek baretasunari irabazten dio. Sarritan ematen den gertakizuna, esan dezaket. “Ez al duzu ikusten?”, “Begira zeinen polita den hori!”, “Zeinen kolore polita!” motako esaldiak nire amorruearen pizgarri ederrena dira. Gorroto dut horrelakoak galdetzen dizkidatenean.

Ez. Zin dagizut ez dakidala zeinen polita den zuk diozun kolorea. Zin dagizut ez dakidala zuretzat hain sinplea den eguzkiaren argia nolakoa den. Zin dagizut ez ditudala koloreak behin ere ikusi.

KOLOREZ (A)

Hutsik sentitzearen ondorio izan da urteekin jasan izan dudana bilakaera. Hasiera batean hitzak ez erabiltzearen ondorioz koloreak maitatzen hasi nintzen. Hitzek nire barruan gordetzen zuten berezitasun hura koloreek sorrarazten zutenarengatik ordezkaturata izan zen. Ez dakit non hasi eta non bukatzen den zehazki kolore bakoitza, ezta zer objektu egoki diezazkiokedan bakoitzari. Jendeak oso argi izaten du normalean. Ez da nire kasua.

KOLORE(B)

Betidanik izan dira hitzak nire lagun, soinuak oso gertuko eta ukimena ezinbesteko. Ezin du beste modu batean izan. Ez dut egunerokotasuna gidatzeko beste modurik aurkitu. Zorionez, aitak bakarrik gida nadin erakutsi zidan. Etxetik bakarrik irten naiteke, baita kalean nire kabuz ibili ere. Dena kontrolpean daukat. Etxeko atea aurkitzeko, egin beharrekoak sinpleak dira.

Nire logelako atletik hasita, bi pausu aurrera eta hiru ezkerre, segidan bi eskuin eta bost zuzen, angelu zuzeneko bira eman eta bi pausotan atearen aurreko aldean kokatzen naiz. Gazteagoa nintzenean, aitak atearen ondoan imana duen xafla bat kokatu zuen, eta nire giltzetan beste bat ipini, hortaz giltzak topatzeko eskuineko eskua paretaren kontra dudalarik gora eta behera mugitu behar dut, giltzekin tupust egin arte. Igogailua atera eta bost pausu aurrera egitearekin, aski. Botoia nire aldakaren parean dago, hortaz, eskuragarri.

ZEBRA (A)

Zebrabidea zeharkatu behar dudanean soinuaz baliatzen naiz. Bai. Kolore aldaketa omen dago, baina ez zait desberdintzea erraza egiten.

- Berde!!

Hori da zebrabidea zeharkatzeko seinalerik ziurrena. Orain ikasia dut. Autoentzat argia mantentzen ez denean eta kliskatzen egotekotan, pasa naiteke! Aldiz kolore gorria ongi ezberdintzen dut. Baina ez dakit jendeak oso argi duen. Zuhaitzen enborrak marroiak direla diote. Gezurti hutsak dira. Zuhaitzen enbor eta semaforoaren kolore horren artean ez dago ezberdintasunik. Semaforoan “berde” deitzen duten hori eta teniseko piloten artean kolore ezberdintasunik ez dagoen bezala.

Kolokan egon arren, ez dut inoiz ez nire burua edonori galdetzeko prest ikusi. Hitzak erabiltzen uztearekin batera hitz egiten uztearena, edozeinekin elkarrizketa bat izatearena eta jendearekin harremana izatearena bat zetozen.

Irakurritako eta ikusitakoarekin aski nuen koloreen mundu berri bat sortzeko. Bakarra. Nirea. Baina aspertu egin nintzen. Urteak neramatzan paisaia bera ikusten, taberna berdina zeharkatzen eta kale berak ikusten. Aldaketa bat beharrezkoa nuen. Aspertuta nengoela ikusi bezain pronto, etxe aldaketa bat beharrezkoa nuela jakin izan nuen.

AMATXO (B)

Ama ni erditzerakoan hil zen. Ez zen dena behar bezala gertatu. Horren ondorioz, bizitza berri baten sorrerak beste baten amaiera ekarri zuen. Zoritxarrez, aitak gaixotasun larri bat pairatu behar izan zuen eta duela hiru urte eta hiru egun zendu zen.

Kontrolpean ez dudana guztiaren beldur naiz. Monotonia batean sartu naiz eta zorionez, oztoporik gabeko egunerokoa daramat etxean bizi den bakarra naizen arren.

Gaur goizean bizilagunak eta biok topo egin dugu. Bere arnasa zenbat eta hurbilago sumatzen nuen betiko “Kaixo!” hitzak ematen didan sustoaren ondotik. Bat-batean nire

belarriaren ondoan sentitu dut. Ikusten ez dudanez, ongi entzuten ez dudala bere kabuz ondorioztatu eta oihuka hasi zait:

-OBRETAN HASIKO DIRA GUTXI BARRU! KASU!

Beti izan dut eraikinaren plano nire buruan. Beti jakin izan dut nolakoa den, eskailerak izan ezik. Eskailerak ez ditut behin ere zapaldu. Ikusten duen norbaitek aurrera begiratzen duen bitartean eskailerak atzeraka igo behar izatearen pareko litzateke nik eskailera arrunt batzuk jaistea. Hori eta sartu beharko nizkiokeen orduak, alegia.

BERRIKUNTZAK (A)

Urrun, hemendik kanpo, barruan ditudan sustraiak nolakoak diren nik jakin dezadan, ondoan ez zegoen nonbaitera jo behar nuen. Hori dela eta, duela aste pare bat bilatzen nenbilen egoitza, ezezaguna egiten zitzaidan herrixka batean aurkitu nuen. Pare bat moldaketa egin behar omen zituzten, ez baitzegoen norbait hara bizitzera sartzeko moduan.

HASIERA (B)

Moldaketa lanak hasi dira eta ez da batere atsegina. Goizean goiz jaiki naute, egun guztian zehar zarata deseroso bat entzuten egon behar izan dut, eta horretaz gain, igogailua geldiarazi dute. Ederki. Primeran. Ez zaigu guztioi eskaileretan gora eta behera ibiltzea hain erraza egiten. Bosgarren solairuan bizi naiz.

Hanka bat eskailera bakoitzean jarri eta bertan oina pixka bat irrista dadin utziz, hurrengo eskailerak non duen hasiera asmatzen dut. Hori da dudan bide bakarra. Nire kabuz igo eta jaitsi nahi dut nire etxetik, betidanik egin dudan zerbait da, ez dut inoren laguntza behar, nire kabuz joan nahi baitut eguneroko gauzak egitera.

Ogia erostea abentura itzela bilakatu zait gaur goizean. Erosketa saskia eskuan neramalarik eskaileretan gora egitera ausartu naiz. Hori bai hori eguneko bigarren abentura! Agian abenturazale ederra naiz eta konturatzeko momentua iritsi zait.

Gezurra.

Ken ditzatela edo buka ditzatela lan madarikatu horiek. Ez dut denbora luzez iraunen egunero horrela ibili behar baldin badut. Bestearen zorionerako ez dut inoiz jakinen nor den lan moldaketa guzti hauen erruduna, ez baitiot aurpegia inoiz ikusiko. Hori bai, inork baino hobe badakit usain eta arnas hotsak ikasten.

Nor den asmatuko dut. Nire solairu berekoa izanen da.

SUSTRAIAK BILTZEN (A)

Bere ordezkotzat hartu zuen aitak. Nik ordea, ama ordezkapenik gabeko norbait bezala gordetzen jarraitzen dut. Agian horrek eman dit behar nuen azkeneko bultzadatxoa. Etxea hankaz gora jarri zuen eta aitak nirekin pasa beharreko denbora guztia berarekin igarotzen zuen.

Aitak barruan gordetzen zuen bihotz zatituari apositu bat jarri eta horrekin aski zela zirudien. Josi gabeko barne zauri horrek minik ematen ez ziola zirudien. Oroitzapenik gabeko norbait. Aitaren begiek ez dute beste kokagunerik orain.

Aitak sustraiak ahaztu zituen.

Aitak ama ahaztu zuen.

Aitak ni ahaztu ninduen.

BELARRI MINA (B)

Gaurkoan pozak apaltasunari irabazi dio. Hamar eta huts.

Belarrira hurbildu eta oihu egin didate. Oraingoan lehengo egunekoaren aurkakoa esatera.

-BIHAR LAN MOLDAKETAK BUKATUKO DIRA!

Aurrekoan ez bezala, oraingoan, oihuak poztu nau. Nire tinpanoak eskertuko ez lidakeen poztasuna, izan liteke, baina tira, eskailera abenturen bukaera zela esan nahi zuen horrek.

EGOKITZEN(A)

Kutxa xume batean sartu ditut nire objektu guztiak. Ez nuen lehengo etxeko gauza askorik ekarri nahi. Oroitzapenak, bere argazkiak eta berak idatzitako koadernoak.

Hemengo sofa txiki batean eseri naiz, nire bizitza izanen denaren hasieratzat har nezakeen momentu hau. Beti irakasten den bidetik ihesa, nire bide propioari hasiera emateko aukera, agian.

Ez dut inor ez ezagutzen.

Askatasuna.

NOR DEMONTRE (B)

Ailegatu da. Iritsi da. Usain oso goxo bat ekarri du. Ez du iskanbila handirik sortu, eta nire igogailuaren itzulera ekarri du.

Oso gertutik pasa omen da, bere usaina eta arnasketak nabaritu baititut igogailutik ateratzean.

EZEZAGUNEN GUNE (A)

Ezezagunak ezagun egiteko momentua iritsi da. Nire solairu berean bizi den gizonak ez nau gaur goizean agurtu. Ez dakit zer nahiago dudan. Zerbait esatekotan, erantzun baten esperoan geratuko da, nire ahotsaren esperoan, nire hitzen esperoan.

Igogailutik ateratzen ari zen ni sartu naizenean. Zorionez, gaurkoan ez da egoera hori suertatu.

NIRE IGOGAILUA (B)

Duela pare bat ordu igogailura sartzeaz nintzela, lehengo eguneko usain goxo bera antzeman dut. Arnasketa azkarra berea. Urduri omen zegoen, bestela, korrika egitetik zetorren, ezin dut zehaztu, baina bere hitzen esperoan nengo.

Agurtuko al nau? Nik ez dut ikusten, baina nabari dut.

Agian berak ez nau ikusten.

Astebetean bitan gurutzatu gara eta atsegina egin zait.

URDURITASUNEZ (A)

Giro aldaketak zerbait berezia sortu du nire barrualdean. Gaurkoan hitzen batek nire ahotik atera nahi zuela sumatu dut.

Gaurkoan hemengo osasun etxera joan naiz. Oso atseginak dira. Hainbat ordu eman ditut haiekin. Haiek egindako galderei ez erantzuteak bortitza zirudien egoera sorrarazi du. Ez naute ezagutzen. Ez dakite zergatik ez dudan hitz egiten. Isiltasuna gelaren jabe zen. Aldiz, espero ez nuen laban baten moduan jaurtitako esaldi batek isiltasuna apurtu du. Horren ostean, lasaitasun hitzak isiltasunari gailendu zaizkio.

Etxera bueltatu naiz. Oso urduri nengo. Berari bezala. Berari bezala. Berari bezala. Berari bezala. Hori zen nire buruan entzuten nuen esaldi bakarra. Atea ireki eta lehengo asteko bizilaguna omen dena. Atea irekitzean aurpegira begiratu diot, ez zen keinurik nabarmentzen, baina sudurra mugitzen zitzaion. Ikusten zaion bakarra da. Eguzki betaurrekoek ez baitute bere aurpegiaren beste zatirik ikus dadin uzten.

Ez nau agurtu. Agurtuko banindu ez dakit zer erantzungo niokeen. Urduritasun mailak gora egin du nire barnean. Etxera iritsi eta sofan eseri naiz, hemen nago, burutapen guztiak idazten.

Berari bezala. Berari bezala.

Saihestezina den bukaeraren beldur izan naiz beti. Iluntasuna. Hotza. Duela sei urteko hotz bera zainetatik gora etorri zait gaurkoan. Horregatik atsegin ditut koloreak. Bukaerak beldur ematen didalako. Neguko zaparradetan ekaitzek sortzen duten argia bezain bat-bateko. Trumoiak sorrarazten duten soinua bezain itzel eta sakona izan da gaurkoa.

Hemen egonen balitz, bere hitzak entzutea posible balitz...

Zorionez, badakit zer esanen lidakeen. Bizi. Hori zen berak gehien maite zuen hitza. Min aurrizkia jarri behar izan zionean ere, kendu egiten zion. Bizi. Soilik bizi. Gogoan dut nola esaten zidan.

Orain, aurrizki hori kentzea, niri dagokit. Hori egiteko lehen urratsa nire ahotik hitzen jarioari hasiera ematea da. Bizilaguna, bai. Ni bezain isila izan da orain arte. Kolokan utzi nau gaur ere ez agurtzeak.

(Igogailuaren hotsa entzuten da)

Badator. Badakit zer egin.

BERO (B)

Gaur beranduago iritsi naiz etxera. Kanean eguzkiak jotzen zuen, egun beroa, egun atsegina.

Sofan eserita nago. Bizilagunaren usain goxo hori honaino iristen da. Agian kolonia potea nire atearen aurrean hustu du, ez nago oso ziur, baina gehiegi usaintzen du.

Arnas azkar bat entzuten dut. Ez da arnas azkartu hori entzuten dudan aurreneko aldia. Zorionez, ez ikusteak sentitzen ikastera eraman nau. Arnasketa huts batekin gertu dudan norbaiten sentipenak nolakoak diren antzeman dezaket. Ez guztiz, baino horrek liluratzen nau. Ez naiz begietaz fio. Soinu eta usainen fio naiz, horren eta hitzak esateko moduen zale. Gizakion artean sor daitezkeen egoeren zale, ikusi gabe senti dezakedan guztiaren eta esaten didatenaren zale.

Arnasketa horrek ez du geldiunerik. Oso urduri dago, eta nire etxean sartu da. Ezaguna izanen da? Ez dut uste. Ez nau agurtu. Ez nau agurtu. Usaina. Ez nau agurtu. Ez dakit zein izanen den bere ahotsa, baina ahots erdi moztu bat izanen duelakoan nago.

(-“Min”)

Hitz egin du. Negarrez dagoela dirudi. Tristura nabari zaio. Ez dakit non kokatu den zehazki. Ate ondoan omen dago, oso apal hitz egin du eta arnasketa azkartu egin zaio. Nonbaiten berri izateak sor dezakeen beldurraren ondorio izan daiteke horren isil izatea. Ez entzutearena eginen dut. Agian berriro zerbait esanen du. Bitartean gauzak pentsatzeari ekinen diot.

Gaiztasunik gabeko norbait dela uste dut. Hemen dago, azkar arnasten eta apal hitz egin du, zerbait esan nahiko al dit?

(-“Bizi”)

Bizi zer? Nik bizi behar dudan zerbaitez ari al da? Nire erantzunaren esperoan dago? Zer egin behar dut nik orain? Noraezean koka dezaket nire burua. Ez diot ezer galdetu nahi.

(Atearen hotsa)

Joan da. Orain zer? Nik bere etxera joan behar al dut bi hitz esatera? Nik bakarra esanen diot. Hitz bakarra. Bakarra. Ez pare bat. Min. Bizi. Bakarra. Aita.

Minbizi.

ZIURRA ZIURGABE DENEAN

Erori ziren hostoak
malkoak bailiran
udazkenak izandako negarraldi hartan
libre izango zirelakoan amildu
eta zapaltzen dituzte kris-kras
grabitatera kondenatutako lur goibeletan.

Erori ziren begiradak
ateak itxiz erreko zituen kanpoaldetik ihesean
betazalak hetsiz errealitatetik aldenduta.

Jausi ziren malko leunak
atzamar bihurtuta,
zauriak orbain
eta orbainak zauri bilakatuta.

Erorialdia saihestuz oreka daramagu euskarri
eta izaturik gabilitza
erlojuaren orratzek bultzatuko gaituztelakoan
segundo batzuk azkarregi igarotzen baitira,

besteak motelegi.

Noraezean gabiltza, erortzearen beldur garelarik

ipar haizea itsu, norabidea aurkitu ezinik

galdu dugu norantza

eta “nora” hitzaren esanahia

ez daukagu ipar orratzik,

ardatzik.

Erortzear ...

egiak zintzoegiak

gezurrak maltzurregiak iruditzen zaizkigun bakoitzean

ziurra ziurgabe bilakatzen den aldi guztietan

zutik bagaude ere,

aspaldi erori ginela

bizitzaren kontraesanetan.

Ainhoa Andueza San Miguel (16 urte)